

Mauricio García Villegas

El viejo malestar del Nuevo Mundo

Ensayo sobre las emociones tristes de
América Latina, sus desafueros y sus pesares

Ariel

PRIMERA PARTE

LA NATURALEZA HUMANA

Animales emocionales

LAS EMOCIONES

Hasta hace relativamente poco se pensaba que los sentimientos eran un atributo exclusivamente humano, el espejo de cada alma irrepetible. Incluso cuando se supo del origen evolutivo de las especies, se creía que la conciencia era el producto noble de las cumbres de la selección natural. Pero el mismo Charles Darwin, en la segunda mitad del siglo XIX, intuyó que esa impresión era falsa y que, en realidad, los sentimientos tienen antecedentes remotos, en el origen mismo de la vida. En la actualidad, sabemos (y se sabrá mucho más en las décadas venideras) que los animales sienten y que los que están dotados de un sistema nervioso complejo experimentan alegrías y tristezas, como nosotros. Se han encontrado formas básicas de conciencia emocional en organismos unicelulares, esponjas, hidras y cefalópodos. Los seres vivos más elementales detectan el entorno a partir de mecanismos sensoriales básicos. De ahí derivan sensaciones que se valoran de manera positiva o negativa, según favorezcan o no su fuerza homeostática. Esas valoraciones primitivas, que António Damásio denomina «valencias», son el origen de las emociones. Algunos lograron crear imágenes de su entorno, las emociones se juntaron formando experiencias mentales y todo eso dio lugar a lo que denominamos sentimientos. Cuando los vertebrados fueron capaces de ar-

ticular un lenguaje, la conciencia adquirió formas más sutiles, más complejas y cooperativas. En este barro emocional se amasó la cultura humana.

Entre los muchos dilemas que caracterizan nuestra cultura occidental, tal vez no haya uno más central, más visible, que el que opone lo racional a lo emocional. Platón dice, en el *Fedro*, que el alma es como un carro tirado por dos caballos alados y dirigidos por un auriga (un esclavo cochero) que viaja por el cielo. Uno de los caballos es bello, bueno y de pelo blanco, el otro es feo, malo y de pelo negro. Durante el viaje celeste, el caballo negro se rebela, desequilibra el carro y lo hace caer a tierra, con lo cual el alma queda atrapada en un cuerpo. A partir de ese momento, el ser humano, con su alma cautiva, trata de domesticar al caballo negro para que vuelva a volar y regrese a la mansión celestial. David Hume, al contrario que Platón, afirma que «la razón es y debe ser esclava de las pasiones, nunca puede pretender otra función que no sea servir las y obedecerlas». Los fines que buscamos están definidos por las pasiones, pensaba Hume, y lo único que hace la razón es refrendar esa elección. Lo cierto es que no existe tal dicotomía, salvo quizás cuando se trata de psicópatas (que razonan, pero no sienten) o de bebés (que sienten, pero no razonan, aunque de esto ya se empieza a dudar). Las emociones vienen sujetas a valoraciones racionales y estas, a su vez, producen emociones, de tal manera que ambos procesos, el emocional y el racional, están superpuestos.

La parte emocional de nuestro ser es mucho más fuerte e influyente y está más presente que la parte racional. Todo, o casi todo, lo que mueve al *Homo sapiens*, desde el llanto atónito del recién nacido hasta el lánguido suspiro del moribundo, pasando por los sabores en el paladar, las imágenes en los ojos, las sensaciones en las manos, el empujón en el metro, el placer envolvente del sexo, el goce del viento frío en la cara, los sortilegios del amor, la revelación de la literatura, las recompensas de la amistad, todo eso y muchísimo

más, adquiere sentido por las emociones. «En sí mismo —explica Yuval Noah Harari—, el universo es una mezcla de átomos sin sentido. Nada es inherentemente bello, sagrado o *sexy*, pero los sentimientos humanos hacen que lo sea.»

La civilización está anclada en los afectos de forma sólida. No hay cultura, gobierno, ciencia, filosofía, pasatiempo, justicia o religión que no obedezca a una chispa emocional. No podría explicarse nada sin el asombro ante la belleza, la compasión ante el dolor o la rabia ante la injusticia. El intelecto, con sus razones, viene después, a veces para encauzar ese torrente de sensaciones, a veces para moderarlo, a veces para impulsarlo y otras veces para asistir, impávido, a su paso arrollador. Más que animales racionales somos animales emocionales.

Antes de empezar la vida ya estamos predispuestos, formateados. Las circunstancias nos condicionan aún más, empezando por los factores que inhiben la información contenida en los genes (lo que estudia la epigenética) y llegando a la geografía, las condiciones económicas y los grupos sociales que encontramos a lo largo de la existencia. A pesar de este doble determinismo, no estamos programados de manera ineluctable: podemos variar el rumbo que nuestro material genético nos tiene indicado, pero para eso necesitamos empeñarnos en ese cambio. Las emociones (y los sentimientos que ellas conforman) tienen algo de innato, pero también algo de cultural, por eso podemos modificarlas, moldearlas, atenuarlas o acentuarlas. Esa es la buena noticia. La mala es que, cuando no hacemos un esfuerzo por intervenir en esos arreglos, cuando somos fatalistas y perezosos, cuando nos dejamos llevar por las ideologías y las religiones, las emociones se imponen y nos llevan, como lazarillos, por rumbos peligrosos. Esa es la cara evasiva de la libertad.

En nuestro cerebro, dicen los científicos cognitivos, operan dos sistemas (*Dual Process Theory of Reasoning*). El primero, al que simplemente denominan «sistema uno», es auto-

mático, emocional e inconsciente: en él operan nuestros instintos más profundos (*gut-thinking*), de los cuales nos valemos para encarar la mayor parte de nuestras relaciones sociales y afectivas. El segundo, o «sistema dos», es lento, deliberativo y lo utilizamos para calcular y hacer operaciones racionales. El Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman, en *Pensar rápido, pensar despacio*, un libro muy leído en los últimos años, hace un recuento detallado de las innumerables situaciones en las cuales el sistema uno, el emocional, se impone sobre el sistema dos, el racional. Mientras que el primero siempre está activo, enviando señales y no requiere de ningún empeño, el segundo suele ser perezoso y solo controla al sistema uno cuando nos concentramos y hacemos un esfuerzo.

La omnipresencia de las emociones le da la razón a Hume, aunque la metáfora de la razón-esclava parece una exageración. Si la racionalidad obedece, se trata de una sierva rebelde que a veces se niega a seguir las órdenes de su amo. Jonathan Haidt, un psicólogo social que he leído con interés y deleite, propone ilustrar la relación entre las emociones y la racionalidad con la metáfora del elefante guiado por un jinete. El animal, que representa las emociones, es grande e indomable y por eso el montador solo consigue imponerle algunos movimientos. Esta metáfora, sin embargo, no termina de convencerme. Nunca me he subido a un elefante y por eso no sé apreciar la dificultad que tiene un jinete para dominarlo, pero me parece que la relación entre la razón y las emociones es más inestable e impredecible, no sé si más difícil. Tal vez una metáfora más clara, me atrevo a decir, sea la del tripulante de un kayak, con habilidades básicas, navegando por aguas bravas. El agua representa las emociones y cambia de manera constante, el tripulante representa la racionalidad y hace un esfuerzo por superar las corrientes, pero ellas suelen ser más fuertes que sus brazos y por eso su rumbo es incierto. A veces se estrella contra las rocas que salen del lecho del río, a veces se desliza por charcos apacibles, a veces es

intrépido y pasa veloz por las corrientes y a veces es torpe y se embrolla en un remolino o se deja llevar por las aguas turbulentas. Podrá, con mucho esfuerzo, remontar la corriente de las emociones, pero en los rápidos, aunque se oponga, será arrastrado. Puede haber circunstancias agravantes, como las lluvias torrenciales, los vientos o las crecidas.

El tripulante evolucionó para transitar por el río según el capricho de las aguas pero, con el paso del tiempo, fue adquiriendo confianza y destreza para imponerse y desviar el curso. Las emociones no son tontas, afirma Haidt, y por eso se dejan convencer con buenas razones. El problema es que las buenas razones no aparecen de manera inmediata (como las emociones), sino que requieren esfuerzo, comparaciones, valoraciones, operaciones mentales que implican tiempo y gasto de energía. Por eso, con mucha frecuencia, las razones no nos salvan, más bien asisten indiferentes a nuestra caída. O, peor aún, a veces nos empujan hacia el desfiladero. Pero, como digo, este resultado no es ineludible: a veces, gracias a un momento de reflexión, un par de ideas nos dan la mano justo antes de dar el paso fatal.

LA IMAGINACIÓN

La oscuridad llena de fantasías, excita siempre los sentidos, confunde a la esperanza con el dulce veneno de los sueños.

STEFAN ZWEIG

Los últimos diez mil años del planeta Tierra han sido extraordinarios. En ese brevísimo lapso de la historia de la vida, el *Homo sapiens* se impuso a sus congéneres *Homo*, inventó la agricultura, la rueda, el mito, la escritura, la ciencia y copó casi todo el espacio planetario. ¿Cómo fue posible semejante triunfo en tan poco tiempo? Mientras que un po-

tro recién nacido es capaz, en unas horas, de levantarse, caminar y hasta correr, un niño necesita más de un año para andar y no se vale por sí mismo antes de los ocho o diez años. Cuando crece y se convierte en adulto, no tiene la fuerza de los grandes mamíferos, su vista es muy limitada comparada con la de las aves, su olfato es rudimentario comparado con el del resto de los mamíferos, no puede volar y cuando se sumerge en el agua es torpe y vulnerable. ¿Dónde está entonces su ventaja? Durante mucho tiempo se pensó que era su facultad de razonar, de analizar el presente sin olvidar el pasado y de disponer lo necesario para mejorar su futuro. Todo eso es importante, sin duda, pero un éxito tan formidable requiere algo más. La imaginación, esa capacidad para hacer volar la mente, es ese algo. Harari lo explica de esta manera: a diferencia de otras especies cercanas, el *Homo sapiens* logró convertir las fantasías en versiones de la realidad que tomó por ciertas. La imaginación le permitió crear lazos de solidaridad y colaboración entre miles, millones de individuos. Los elefantes o los chimpancés forman grupos cerrados en los que todos se conocen y se ayudan, pero no superan los cien o ciento veinte miembros. El *Homo sapiens*, en cambio, valiéndose de una ficción, forma grupos inmensos de individuos que no se conocen pero se sienten unidos entre sí. Dos serbios que nunca se han visto, dice Harari, pueden dar la vida el uno por el otro, «porque ambos creen en la existencia de la nación serbia, de la patria serbia y de la bandera serbia». No lo hacen por ser humanos, sino por ser serbios.

No solo creó el mito, sino que lo convirtió en una explicación de su existencia. Las historias de dioses, de reyes bendecidos por esos dioses, de códigos justos y de pueblos escogidos se convirtieron en relatos creíbles. No son mentiras, son ficciones: es decir, mentiras que se asumen como verdades. La imaginación les puso alas a las emociones. Sin ella, la realidad tendría los límites que ponen nuestros ojos. Los hechos serían planos: una cuchillada, un beso, un parto, una

floración, el rocío de la mañana, un plato roto, un apretón de manos, un disparo por la espalda, un amanecer, una caricia en la mano... Todo tendría el mismo tono y nos dejaría con la misma indiferencia. Ni los más cínicos ven la realidad de esa manera, incluso ellos tienen un medidor interno de emociones que los lleva a separar lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo, lo útil de lo inútil, lo asombroso de lo trivial. Su cinismo reside en desconocer el medidor común, no en dejar de medir.

La imaginación ofrece una certeza que nos saca de la penumbra de la ignorancia. Si no sabemos qué pasó, qué vendrá después, cuánto tiempo pasará, dónde encontrar alivio, qué mal nos aqueja, cuánto falta, quién lo sabe o qué hay detrás, nos fabricamos una historia que nos saque de la duda y nos ponga en acción. Cuando no encontramos una respuesta satisfactoria a una pregunta difícil, recurrimos a una pregunta próxima a la que podamos responder fácilmente. Daniel Kahneman, en *Pensar rápido, pensar despacio*, muestra la facilidad con la que esquivamos la ambigüedad, armando historias cerradas, coherentes, que no dejan lugar a la duda. Las explicaciones simples, así sean falsas, siempre son preferibles a las explicaciones complejas y verdaderas. Preferimos construir una historia coherente cuando nuestro conocimiento es escaso (cuando las piezas del rompecabezas son pocas) que cuando sabemos mucho.

Tenemos una capacidad casi ilimitada para ignorar nuestra ignorancia. Subestimamos el papel que juega el azar en los acontecimientos naturales y sociales. El miedo a que algo ocurra está más relacionado con la imagen que nos hacemos del evento que con la probabilidad. Muere más gente por resbalar en un baño o por accidentes de tráfico que por la caída de aviones o por actos terroristas, y aun así las personas le temen mucho más a lo segundo que a lo primero. Muchas veces, como explica Neil deGrasse Tyson, sabemos poco, pero lo suficiente para creer que sabemos mucho y no darnos cuenta de que estamos equivocados. Una vez vi este

grafiti: «Si no tienes dudas es porque no estás prestando atención». Vivimos en la representación de la realidad, y por eso confundimos la experiencia de la vida con el recuerdo de lo que vivimos.

Estamos preparados para la acción, no tanto para el saber. Lo nuestro es el juego de la militancia, no el de la verdad. Lutero nos representa cuando dice: «Por amor al bien y por el mayor aprovechamiento de la Iglesia, no hay que tener miedo de decir una buena gran mentira». Las teorías realistas del poder, desde Maquiavelo, hacen eso: justifican la mentira, entre otras muchas cosas, en aras del fortalecimiento del poder. Se estima que el presidente Trump, en Estados Unidos, mintió unas treinta mil veces durante su mandato, pero esto no parece haber inquietado a sus seguidores, que siguen siendo aproximadamente el 40 por ciento de la población del país. ¿Cómo es esto posible? Pues porque para los humanos lo cierto es menos importante que lo valioso o, mejor dicho, lo valioso es lo cierto. Que Trump mienta es, para sus seguidores, un hecho menor, incluso justificable, cuando de lo que se trata es de salvar al país de una turba de socialistas que ponen en peligro su proyecto de «hacer que Estados Unidos sea grande de nuevo».

Vamos por el mundo buscando pruebas de nuestras creencias, no buscando verdades, lo cual se conoce como el «sesgo de confirmación»: estamos menos empeñados en saber lo que ocurre que en probar lo que ya sabemos. La diferencia entre, por ejemplo, quienes creen en el cambio climático y quienes no lo hacen reside menos en sus competencias científicas en la materia (pocos las tienen) que en la manera en la que cada una de esas posiciones encaja en su ideario político. Es más, buscamos argumentos con la idea de mejorar la imagen que tenemos en el grupo al cual pertenecemos. Bertrand Russell dice que todas las personas «están rodeadas por una nube de convicciones reconfortantes que las acompañan, como moscas en un día de verano». Nos asaltan demasiadas razones para perder la esperanza: el pasado nos

encadena y el futuro es incierto, pero queremos mejorar, encontrar un estado de paz y felicidad. El realista coquetea con la depresión y el optimista con la ignorancia. La nube de Russell es un tónico para la voluntad y un antídoto contra la duda.

Los seres humanos estamos poco dispuestos a reconocer los errores propios y las virtudes ajenas. «Realismo ingenuo» (*naïf realism*), le llaman los psicólogos sociales a esa disparidad: queremos que los otros valoren la realidad tal como nosotros lo hacemos y, cuando eso no ocurre, cuando los demás difieren en esa apreciación, terminamos creyendo que su entendimiento está nublado por la ideología o por el odio. Si nos preguntan cuáles son las virtudes y los defectos de las personas que nos rodean, acometemos esa respuesta con confianza y es muy posible que acertemos. Si, en cambio, nos preguntan cuáles son nuestros defectos, podemos hacerlo, pero es posible que nuestra respuesta tenga fallos. Pero si nos preguntan cuáles creemos que son los defectos que los demás ven en nosotros, entonces difícilmente acertamos. Por lo general, cada persona es el héroe de su propia historia.

El resultado de todo esto es doble. En primer lugar, a los enemigos los vemos con una lupa agrandada y tendemos a creer que están apoderándose del mundo y de la sociedad y que ya vienen por nosotros. En segundo lugar, somos moralistas. Obtenemos placer del hecho de juzgar, de separar a los buenos de los malos y proclamar a los cuatro vientos qué es lo que debe hacerse y cómo. Hablar mal de los demás, exagerar sus defectos y condenarlos en la hoguera de las palabras es un ejercicio mental que nos complace porque de él derivamos una sensación de superioridad.

Para no caer en el círculo vicioso del desaliento, el *Homo sapiens* cambió el realismo por la fantasía. Nos mentimos haciendo las mentiras en verdades. Una parte de nuestro cerebro registra la conveniencia de la ficción, otra parte duda y sabe que aquello es una creación de la mente. Pero la duda

es vencida por la ficción. No es un resultado inevitable, pero sí frecuente. Estamos perdidos en un planeta insignificante, en medio de una galaxia ordinaria, ubicado en un rincón anodino de un universo de miles de galaxias que no conocemos. Sin embargo, muchos creen que hubo un hacedor del universo que, entre toda la materia infinita, los eligió, les encomendó una misión y, a la postre, los salvará de la muerte. Tiendo a pensar que nos parecemos más a Sísifo, rey de Corinto, condenado por los dioses a subir una roca hasta la cima de la montaña para dejarla luego rodar y volver a subirla de nuevo, aunque, debo aclarar, le doy el sentido redentor que Camus le da a ese mito.

Hay una célebre fábula de Esopo en la que una zorra encuentra un racimo de uvas maduras y apetitosas colgadas en lo alto de una rama. Intenta alcanzarlas, pero no lo consigue y, al cabo de un rato, para liberarse de la frustración, se dice a sí misma: «Pero para qué me esfuerzo tanto si esas uvas están verdes» (imagen 2, en el cuadernillo).

En las relaciones sociales nos las arreglamos para salir bien librados. Si tuvimos un rendimiento pobre se lo atribuimos a las circunstancias en las que nos tocó trabajar. Si de lo que se trata es de valorar el bajo desempeño de los demás, en cambio, pensamos que su desidia lo explica todo. Los psicólogos le llaman a esto «error fundamental de atribución»: el mérito y la suerte se reparten según la conveniencia del momento.

Shankar Vedantam escribió hace poco un libro (*Useful Delusions*) sobre los beneficios del autoengaño, en el que muestra cómo nos mentimos de manera sistemática para ser más felices y alcanzar nuestras metas. Querer creer es una pulsión más fuerte que lograr saber. El efecto placebo, por ejemplo, funciona porque ansiamos la cura y confiamos en el medicamento que nos prescriben. Vedantam habla incluso de cirugías placebo que alivian a los pacientes. Los publicistas explotan como nadie esa fuerza del querer. Si en un gimnasio se ofrecen dos tipos de bebidas energéticas pero

una de ellas vale la mitad, a pesar de ser el mismo producto, quienes compran la bebida costosa tienen un mejor rendimiento y reportan sentirse menos cansados que quienes compran la bebida barata. En 1984, la compañía de automóviles General Motors, en California, se alió con Toyota para sacar al mercado el Geo Prizm, un automóvil idéntico al Corolla salvo por el aspecto externo y con un precio más bajo. En las encuestas hechas a los usuarios de ambos coches, sin embargo, el Corolla siempre aparece evaluado por encima del Geo Prizm y, además, el primero dura más, tiene una vida más larga.

El 21 de mayo de 2011, el pastor Harold Camping predijo que el mundo se acabaría. Unos meses después, dado que todo seguía en pie, justificó su error diciendo que su dios misericordioso había pospuesto la fecha. Para sus fieles, fue una explicación satisfactoria. Marian Keech creó en 1954 un movimiento religioso fundamentado en una profecía interespacial. Keech sostenía que los habitantes del planeta Clarion habían contactado con ella para informarle de que el mundo se terminaría después de un terrible diluvio planetario, exactamente el 21 de diciembre de 1954. El fracaso de esta predicción no solo no acabó con los seguidores de la señora Keech, sino que los fortaleció como grupo. Todo esto es, sin duda, desconsolador desde el punto de vista intelectual, pero forma parte de los dispositivos genéticos que fueron claves en nuestra evolución como especie animal. Stephen Hawking dice que «el gran enemigo del conocimiento no es la ignorancia, es la ilusión del conocimiento». Es verdad, pero esa ilusión es la gran aliada de las luchas individuales y tribales que nos pusieron donde estamos.

Las mentiras se apiadan de nosotros. Nos cuesta aceptar que la causa de muchas cosas sea simplemente el azar y, con frecuencia, inventamos un orden de acontecimientos allí donde solo hay albur. Armamos historias para lidiar con nuestras frustraciones. La derrota de la Armada Invencible se considera un emblema de la grandeza de los ingleses y de la

torpeza de los españoles, pero, según afirma Fernand Braudel, en todo ello tuvieron más peso los fuertes vientos que los malos militares. Paliarnos las dificultades con relatos sedantes. Para el miedo a la muerte, santos y dioses; para la tacañería, una necesidad apremiante; para las ansias de gloria, un pueblo elegido; para el odio, una guerra santa; para el amor difícil, una promesa eterna; para la esperanza, una tierra prometida; para la venganza, un infierno; para un país en crisis, un salvador de la patria; para el desconsuelo, la autocompasión; para la pereza, la fatalidad.

En ningún ámbito de la vida el autoengaño es tan fuerte como en las cuestiones de patrias y de religiones. La cohesión interna de una sociedad depende de ello, del mito, que se arma con la selección de algunos hechos ciertos (una batalla, una conquista), con el olvido, o incluso la negación, de otros hechos que también ocurrieron y con la reconstrucción de todo ello (hechos y silencios) en un relato idílico. Para los estadounidenses, su país es la tierra de la libertad y de las oportunidades gracias al valor inigualable y a la sabiduría de sus soldados libertadores y de sus padres fundadores. No solo se exagera el valor de aquellos héroes y la sintonía ideológica que los animaba, sino que también se olvida la tozuda presencia del racismo en esa sociedad. Algo parecido se puede decir, en mayor o menor medida, de todos los países.

El tribalismo es una fuerza vital de una gran importancia en el *Homo sapiens*. Ya lo decía Darwin en *El origen del hombre*:

Quando dos tribus de hombres primitivos, habitantes del mismo país, han entrado en competencia, si una de ellas (siendo iguales las demás circunstancias) contiene un número mayor de individuos valerosos, dispuestos siempre a advertirse del peligro, a ayudarse y a defenderse, es muy probable que esta tribu obtenga la victoria y venza a la otra [...] La superioridad que las tropas disciplinadas tienen sobre las hordas indisciplinadas es resultado principalmente de la confianza que cada

individuo tiene en sus camaradas [...] Los pueblos egoístas y levantiscos están desprovistos de coherencia, sin la cual nada es posible.

Venimos de esos grupos de individuos del género *Homo* que tenían la particularidad de contar con miembros muy dispuestos a darlo todo por el bien del grupo. Esa condición, en conflicto con otros rasgos de nuestra personalidad pero en sintonía con nuestra capacidad para imaginar y convertir la imaginación en un autoengaño útil, nos dividió en grupos cohesionados con tanta capacidad para unir a sus miembros como para repeler a los extraños. Ryszard Kapuściński, en su libro *Ébano*, cuenta la extraordinaria historia de los américo-liberianos: la American Colonization Society, una compañía creada para indemnizar a la población negra esclavizada, compró grandes extensiones de tierra en Liberia para llevar allí a esclavos liberados de Estados Unidos, de tal manera que pudieran vivir en la tierra de sus antepasados. A partir de 1821, y durante varios años, llegaron barcos llenos de antiguos esclavos para poblar estas tierras. No sabían leer ni escribir, ni estaban cualificados para ser artesanos u obreros. En 1847 eran ya unos seis mil repatriados. En contra de las expectativas de sus bienhechores, los recién llegados no besaban la patria de sus ancestros ni se abrazaban con sus nuevos conterráneos. Al contrario, los *americo-liberians*, el nombre con el que se identificaron, tuvieron, desde el inicio, unas pésimas relaciones con los nativos, sus muy probables parientes, pues se sentían diferentes y más civilizados. Al no poder diferenciarse por el color de la piel, lo hicieron con el vestido: los hombres, en el calor abrasador de la selva, usaban frac, pantalones tipo Spencer, bombín y guantes blancos, y las mujeres salían a la calle ataviadas con crinolinas, pelucas y sombreros adornados con flores artificiales. También construían sus casas como las de sus antiguos amos en el sur de Estados Unidos, y, en cuanto a su religión, eran todos unos escrupulosos baptistas metodistas.